

*José Pedro Díaz*

## Perdimos a Angel Rama

Hacia sólo unos días que habíamos recibido una carta suya en la que expresaba su entusiasmo por el último poema de Amanda que acababa de leer: “bellísimo poema de los más esplendorosos y vertiginosos de su genio”, me escribía, y en ese estilo suyo vertiginoso también, como fue siempre, me daba noticia de su último libro en prensa y de otros dos recientes que me haría llegar, y del libro conjunto sobre Felisberto Hernández para el que me había pedido una introducción y de sus planes de trabajo para su nueva vida europea. “Preferiríamos quedarnos aquí un tiempo largo”, concluía. “Un tiempo largo:...” Siempre le habíamos oído decir eso, siempre aquí, en Montevideo, o por carta desde Venezuela o Puerto Rico, o de viva voz en Washington; siempre la ambición de una vida reposada, para poder estudiar, para hacer madurar algunos libros. Pero siempre, poco después ya se le veía atrapado y con entusiasmo contagioso por una empresa que exigía una actividad frenética: las ediciones de Arca, la invención de la Enciclopedia Uruguaya en Montevideo, o el gran proyecto de la editorial Ayacucho de Venezuela, o la revista de literatura *Escritura*, también en Venezuela, o las series de conferencias y simposios en Estados Unidos, etc.

Y todo eso coexistía, como es natural, con períodos de estudio regular, disciplinario y sistemático. Así lo vimos trabajar en el Wilson Center, en Estados Unidos, pero una semana después ya no podíamos dar con él hasta que sabíamos que había estado en San Pablo y en Roma, pero que a los diez días estaría seguramente en el simposio de Austin sobre Arguedas.

Y esa era parte sustancial de su personalidad, parte de su fuerza, y también un don, que no impedía una cálida percepción vital.

Eramos muy amigos. Hace años murió un gran amigo común, que era también un maestro, un hombre de excepción con quien nos ligaba una amistad estrecha y respetuosa: Gervasio Guillot Muñoz, y tuvimos que hacer el camino entre cipreses del cementerio del Buceo, al lado de su ataúd. Habíamos descubierto que también estaba con nosotros, sin que hubiéramos sabido antes siquiera que estaba en Montevideo, Pablo Neruda, entre las personas del cortejo. Habían sido compañeros en París, donde habían trabajado juntos en la tarea de ayudar a los refugiados republicanos españoles. Nos dijimos con Angel dos palabras a propósito de eso y de la amistad entre Gervasio y Neruda, y Angel me dijo: "Eso va a pasar con nosotros; uno de nosotros va a acompañar al otro en este mismo camino".

Como se ve no es así; muchas cosas lo impidieron, por eso sé que tengo que escribir estas líneas como si caminara por esa misma avenida, hablando solo.

Hace mucho que éramos amigos. Yo dictaba entonces mis primeras clases en Secundaria; él era todavía estudiante y participábamos de una empresa inventada por el Prof. L. Machado Ribas: las Jornadas Arqueológicas del Teatro. Dirigíamos las tragedias: la *Antígona* de Sófocles e *Hipólito* de Eurípides. Y entre mis jóvenes actores figuraban Angelita Parodi, Olimpia Marcantonis, Pérez Soto, Escudero y Angel Rama. Todavía recuerdo las voces del diálogo de Creonte y de Hemón (Pérez Soto y Angel Rama) en el escenario que ofrecía en el Prado del Museo Blanes. Entonces, ser profesor, ser estudiante era la posibilidad de gozar de un fervor creativo.

No fue mucho después que, con Ida Vitale, crearon *Clinamen*, una revista que publicó entre 1947 y 1948 cinco números, que incluía textos de Malraux y de Husserl, de Alfonso Reyes y de Sartre, de Joaquín Torres García y de Bergamín, y que, entre los que entonces se iniciaban, aparecían, junto a los nombres de Angel y de Ida, los de Manuel Claps, Idea Vilariño, Víctor Bacchetta, Mario Arregui, Amanda Berenguer, Emir Rodríguez Monegal, Jorge Medina Vidal y todavía algún otro que más vale olvidar.

Fue aquel un período dichoso. Hacía muy poco que habíamos instalado en casa la viejísima minerva en la que imprimíamos las ediciones de *La Galatea* (La primera fue una *Hoja inaugural*, impresa en 1944; ¡cuatro décadas ya el año próximo!). Y a veces trabajábamos rodeados en el taller por el grupo de amigos. Era sí un tiempo dichoso. En la tarde del domingo Angel e Ida esperaban con nosotros en el jardín, a la sombra de los álamos, a que llegaran Maggi y Pocha, Maneco y Chacha, acaso Gladys y

Mario Arregui. Creo que todos deseábamos que llegara el domingo para escucharnos, para aprender, para moldear proyectos; esa era, me parece, nuestra más intensa manera de vivir. Es cierto que a veces ocurrían cosas que podían llegar a dolernos mucho, pero que creo que fueron muy sanas; cierta vez leí un capítulo de novela y cuando terminé, el primero que rompió el silencio luego de dar algunos pasos lentos y sonoros y de encender otro cigarrillo, fue Mario Arregui, que me dijo: "Y eso, José Pedro, ¿para qué?" Allí se quedó aquella novela. Otra vez fue Angel quien leyó otro primer capítulo, y la demolición no fue menos dura de la que soporté yo. Tampoco esa novela pudo vivir. Más tarde supe que, desde los borradores iniciales, ya nacía dedicada justamente a quien había hecho las críticas más acerbas.

Pero además se hacían proyectos. Mientras que a mí me atrapaba la maravilla artesanal de la imprenta, Angel y Maggi pensaban sobre todo en sus posibilidades de difusión. Angel ya había publicado, con Ida, *Clinamen*, en 1947-8, y luego en 1950-1, mientras nosotros estábamos en Europa, publicó con Maggi la colección de *Fábula*, donde no sólo aparecieron los *Cuentos de Figari*, y el estudio de Rama sobre Figari, sino, además, el primer libro de Marinés Silva Vila, *La mano de nieve*, la estupenda prosa del primer libro de Maggi, *Polvo enamorado*, la primera novela de Angel *Oh sombra puritana* y la primera pieza de Langsner *La rebelión de Galatea*.

Era un tiempo vital que se vivía de modo entrañablemente fraterno; un tiempo vital, apasionado y despiadado de puro rico y entrañable. Es el tiempo que por aquellos mismos años recogía Amanda en los versos de *El río*. Hace poco recordé ese poema cuando tuve que referirme a José Bergamín y no puedo evitar volver a recordarlo ahora, no sólo porque es cálida allí la evocación de aquel grupo, sino sobre todo porque es casi intolerable en él la conciencia del tiempo y de la subyacente presencia de la muerte, de estas muertes que empiezan ya a caer sobre nosotros y que hacen que aquellos versos se conviertan en una especie de inevitable réquiem para cualquiera de quienes integrábamos ese grupo.

*Amigos bajo el aire hoy reunidos,  
bajo los fieles álamos plateados  
de mi casa doblados por el viento,  
aquí sobre la hierba, todos vivos  
ustedes los del mismo, intacto tiempo,  
ustedes los amigos, ríos juntos  
con el agua corriendo al lado mío,  
amigos respirando, transpirando,  
mirando la ascensión, la luz, hablando,*

ustedes los que están aquí en el día  
para abrirnos la voz, la compañía.  
Yo quisiera dejar los nombres vivos,  
escribirlos, decirlos, levantarlos,  
porque se que nos vamos, nos hundimos,  
y que el aire se hará tierra cerrada,  
y el lujo de esta hora fugitiva  
larga pobreza y desventura vana

En ese poema, cuando se habla de Angel, se alude a su pecho de *brasa ardiente*. Y así era. El ardor, la idea de su vida como una llama era casi conatural de la idea que de él me hacía. Nunca pensé que pudiera no ser joven. Por eso me sorprendió tanto cuando en una información de radio se le agregaron algunos años diciendo que tenía 62 (había nacido en 1926), aunque no tanto como me indignó, en cambio, la ligereza con que alguien dijo que su libro *Tierra sin mapa* era muy malo, pero que así pasaba a veces con los críticos.

Quien así hablaba no debía conocerlo; el libro es excelente.

Dije que lo caracterizaba un temple juvenil. No creo ser el único que haya vinculado esa índole suya a la idea de una vida ardorosa, fecunda y erta. Y eso, que caracterizaba a la persona, fecundaba además su actividad, la hacía radiante y expansiva y hacía de él una fuerza privilegiada, capaz de actuar por eso más eficazmente sobre la cultura de una comunidad.

Y así actuó en la nuestra mientras fue posible.

Porque sin duda fue Angel Rama una figura de verdadera importancia por su actividad crítica en nuestras letras y en las letras latinoamericanas, campos en el que su saber era preciso y extensísimo. No puedo hacer una bibliografía ni medianamente correcta de sus trabajos, apenas puedo recordar desordenadamente que nos dejó ensayos sobre Pedro Figari, sobre J.C. Onetti, sobre Acevedo Díaz, sobre Darío y el modernismo, un libro de conjunto sobre *La generación crítica*, otro sobre *Los gauchipolíticos*, etc. y los libros más recientes *La novela latinoamericana* (Colombia), *Literatura y clase social y Transculturación narrativa* (México). Quizá sea esto menos de un tercio de lo que indicaría una enumeración correcta, pero aún así, y con lo importante que pueda ser ese trabajo, no es aún lo más representativo de su actividad.

Lo que de veras caracterizó a Angel es algo que estaba vinculada a aquel *don* a que aludimos, el de enfeervorizarse y encenderse ante la posibilidad de crear un instrumento capaz de irradiar cultura; fue su capacidad para impulsar la actividad cultural dondequiera que

ustedes los que están aquí en el día  
para abrimos la voz, la compañía.  
Yo quisiera dejar los nombres vivos,  
escribirlos, decirlos, levantarlos,  
porque sé que nos vamos, nos hundimos,  
y que el aire se hará tierra cerrada,  
y el lujo de esta hora fugitiva  
larga pobreza y desventura vana

En ese poema, cuando se habla de Angel, se alude a su pecho de *brasa ardiente*. Y así era. El ardor, la idea de su vida como una llama era casi connatural de la idea que de él me hacía. Nunca pensé que pudiera no ser joven. Por eso me sorprendió tanto cuando en una información de radio se le agregaron algunos años diciendo que tenía 62 (había nacido en 1926), aunque no tanto como me indignó, en cambio, la ligereza con que alguien dijo que su libro *Tierra sin mapa* era muy malo, pero que así pasaba a veces con los críticos.

Quien así hablaba no debía conocerlo; el libro es excelente.

Dije que lo caracterizaba un temple juvenil. No creo ser el único que aya vinculado esa índole suya a la idea de una vida ardorosa, fecunda y corta. Y eso, que caracterizaba a la persona, fecundaba además su actividad, la hacía radiante y expansiva y hacía de él una fuerza privilegiada, capaz de actuar por eso más eficazmente sobre la cultura de una comunidad.

Y así actuó en la nuestra mientras fue posible.

Porque sin duda fue Angel Rama una figura de verdadera importancia por su actividad crítica en nuestras letras y en las letras latinoamericanas, campos en el que su saber era preciso y extensísimo. No puedo hacer una bibliografía ni medianamente correcta de sus trabajos, apenas puedo recordar desordenadamente que nos dejó ensayos sobre Pedro Figari, sobre J.C. Onetti, sobre Acevedo Díaz, sobre Darío y el modernismo, un libro de conjunto sobre *La generación crítica*, otro sobre *Los gauchipolíticos*, etc. y los libros más recientes *La novela latinoamericana* (Colombia), *Literatura y clase social* y *Transculturación narrativa* (México). Quizá sea esto menos de un tercio de lo que indicaría una enumeración correcta, pero aún así, y con lo importante que pueda ser ese trabajo, no es aún lo más representativo de su actividad.

Lo que de veras caracterizó a Angel es algo que estaba vinculado a aquel *don* a que aludimos, el de enfervorizarse y encenderse ante la posibilidad de crear un instrumento o un movimiento capaz de irradiar cultura; fue su capacidad para impulsar la actividad cultural dondequiera que

estuviera. Y por lo pronto en nuestro país. Después de la revista *Clinamen*, había sido el sello editorial *Fábula*, después la dirección de una colección de la editorial Alfa donde se publicaron nada menos que ediciones primeras de Onetti, de Felisberto Hernández y de Arregui; más tarde, y mientras comenzaba la década de trabajo en *Marcha*, cuya página cultural fue en un momento —y en verdad no sólo la página cultural, por supuesto— la más importante del continente. En 1962 nos convenció a su hermano Germán y a mí de crear una editorial y nació *Arca*, de la que fue más que el alma mater. Mientras estaba en ello, y advirtiendo que nuestra empresa no era suficientemente fecunda (aunque era una época, hacia el 66 o 67 en que publicábamos cuatro libros por mes!). Inventó la creación del grupo que se llamó *Editores Reunidos*, que fue el que lanzó la primera obra de aliento similar que hubo en el país, con un plan discutido con Darcy Ribeiro, y que fue la *Enciclopedia Uruguay*, un panorama cultural de nuestra realidad histórica con una serie paralela de textos documentales y sobre todo literarios. Tanto o más importante que escribir fue para él lograr que entraran en actividad, y si era posible en un verdadero vértigo creador, historiadores, críticos, antropólogos, dibujantes, diagramadores, etc. De aquella década brillante culturalmente que fue la del sesenta fue él uno de los animadores incontestables.

Después, inhóspito ya nuestro país para empresas de difusión cultural y convertida nuestra atmósfera a la silenciosa grisura de la última década, él no dejó de mantener actividades de este tipo que en otros países se valoraron, por supuesto, con entusiasmo. Mientras trabajaba en la Universidad de Venezuela, se vinculó estrechamente a la admirable empresa estatal de ese país, la editorial *Ayacucho*, destinada a la edición de grandes obras de nuestro continente; al mismo tiempo fue uno de los directores de la revista literaria *Escritura*, que allí se está publicando. Y estas actividades las mantenía aún ambas, mientras trabajaba como profesor en Estados Unidos (en Princeton, en Maryland) o como investigador en el Wilson Center. Hasta tal punto eran valoradas sus actividades intelectuales que, aún cuando radicase en Estados Unidos, fue el presidente de Colombia quien intervino personalmente ante el presidente Reagan para obtener la radicación permanente de Rama cuando el Departamento de inmigración se la negó. Ahora, y desde enero, estaba en París donde trabajaba apoyado por una beca Guggenheim mientras organizaba futuros trabajos regulares para su estancia europea.

Esta nota se titula *Perdimos a Angel Rama*, porque murió, porque perdimos al hombre que queríamos, a nuestro amigo, el escritor; pero también se titula así porque también perdió nuestro país lo que él daba inevitablemente donde estuviera, porque la muerte es fatal, y por ella lo

perdemos ahora, pero estos últimos diez años de su actividad que quedaron también perdidos para nosotros, para nuestro país, no nos los arrebató la muerte, no, sino circunstancias notorias que no quiero comentar aquí.

Tampoco viajaba con pasaporte uruguayo porque no le había sido renovado. Como sus padres eran españoles, viajaba con pasaporte español. Otra vez: ¡Gracias, España!